

# Reflexiones sobre la lectura en tiempos digitales

Raimund Herder

Editor de Herder Editorial

*Tempora mutantur, nos  
et in illis mutamur.*

Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos. Se han atribuido estas palabras al autor romano Ovidio, pero en realidad, parecen haberse formulado más bien en el siglo xv o xvi. De hecho, la idea esencial de esta frase supone un pensamiento histórico más típico de comienzos de la modernidad. Es la idea de que no solo los tiempos cambian, no solo el mundo en el que vivimos cambia por acción del hombre, sino que cambiamos también nosotros, condicionados por el mundo en desarrollo continuo.

A mediados del siglo xv, Johann Gensfleisch, llamado Gutenberg, imprimió su primer libro con letras móviles. Su invento, al inicio, no tuvo consecuencias más allá del proceso de producir un libro. No cambió ni a las personas ni a la sociedad. En lugar de escri-

bir o copiar los libros a mano en el escritorio de un monasterio se imprimían. Pero aun así, el libro quedaba en manos de unos pocos, gente de la Iglesia o la nobleza, que podían pagarlo –era muy caro todavía– y, por supuesto, que eran capaces de leerlo. Con los años se construyeron otras imprentas, se imprimieron más libros, y, poco a poco, el libro se convirtió en algo al alcance de un grupo social más amplio. Leer y así formarse y educarse dejó de ser un privilegio y empezó a convertirse en un derecho, idea que defendió la Ilustración y la Revolución francesa. Fue en esta época que nacieron las primeras editoriales con la clara misión de hacer libros para ser ampliamente difundidos, libros para el pueblo. Unos 6.000 años después de que se inventara la escritura, leer pasó de ser un privilegio a una obviedad. Desde el siglo xx, gran parte de la humanidad –por lo menos en los países más o menos desarrollados– sabe leer. En el

camino hacia este punto se habían aniquilado las viejas estructuras de poder que estaban en manos de unos pocos. Más fuerte se mostró el plomo de los cajistas que el de los soldados.

Hoy en día quedan pocas culturas, todas al borde del exterminio, que siguen traspasando oralmente sus tradiciones, sus cuentos, su sabiduría. Se dice que personas que viven en un entorno cultural de exclusiva tradición oral, cuentan con una capacidad muy superior a la nuestra de memorizar textos, incluso muy extensos. La disponibilidad de textos impresos parece llevar a una disminución, sino pérdida de la habilidad de memorizarlos. Esto se puede considerar una carencia, de hecho para algunos lo es, pero para la inmensa mayoría lo que no es necesario, no es tampoco deseable. Si pensamos en la llamada revolución digital podemos observar fenómenos parecidos. La neurociencia afirma que ciertas partes del cerebro nos capacitan para orientarnos topológicamente y ha comprobado que se atrofian en muy poco tiempo si no son usadas frecuentemente. Utilizar el GPS, aparentemente, nos hace perder nuestra capacidad de orientarnos.

Hace unos años al salir del edificio donde está nuestra editorial en Barcelona, uno solía encontrarse

con turistas que preguntaban por el camino hacia la Sagrada Familia, que queda no muy lejos. Hoy son muchos más los que buscan la Basílica de Gaudí, pero ya no preguntan, sino que siguen sus móviles o tabletas. Tampoco preguntan por restaurantes o tiendas, ya que los encuentran en Internet y además, ya están valorados ampliamente por otros turistas. Parece que no solo se haya perdido la orientación, sino también la comunicación. Ahora bien, si nos preguntamos por el porvenir del libro en tiempos digitales hay que analizar no solo las posibilidades técnicas, sino también los cambios que causan en nosotros. La cuestión no es solo qué será del libro en tiempos digitales, sino también que será de la lectura.

Sin duda ya se puede decir que la revolución digital conlleva unos efectos igual de importantes para la humanidad como lo fue el invento de Gutenberg, aunque aún no podemos prever con exactitud cuáles serán. Lo que ya se ve claramente es que las consecuencias no tardarán tres siglos en efectuarse. Los cambios hoy en día se realizan con tal velocidad que la generación de los que crecimos sin ordenador e Internet pero con la pizarra y los libros veremos un mundo del libro totalmente cambiado antes de jubilarnos. La re-

volución digital empezó a percibirse hace aproximadamente 25 o 30 años. Obviamente la base, el invento del microchip, es anterior. Pero a partir de los años 90 o finales de los 80 gente que no era informática o científica entró en el mundo digital. En las empresas se instalaron los primeros ordenadores, luego en las casas. Monstruos entonces, pero con los años cada vez más potentes, más rápidos y más pequeños. Hasta los 90 casi toda la información a disposición de la humanidad estaba en formato analógico. Hoy en día casi toda la información está en formato digital. Como muchos, yo me acuerdo de cuando tuve mi primer ordenador, mi primer móvil, la primera tableta, o, cuando en casa contratamos por vez primera una conexión de Internet, cuando hice la primera compra (un libro, por supuesto), cuando leí el primer libro electrónico, etc., pero ya no recuerdo cómo era no disponer de todas estas posibilidades.

También recuerdo que hace 25 años la empresa japonesa Sony, después de haber ganado miles de millones con la venta de un pequeño radiocasete con auriculares llamado Walkman, presentó al mercado un aparato igual portátil para leer. Era un pequeño reproductor de minidiscos, de un diámetro de apenas 10 cm y una pantalla que

reproducía el texto grabado en el disco. Para mí fue el primer contacto con la idea de que un libro no necesariamente tenía que ser impreso sobre papel y encuadernado entre dos hojas de cartón. Más o menos al mismo tiempo, un tal Jeff Bezos fundó en Seattle una empresa con el nombre de *Amazon*. Del pequeño aparato de Sony ya no se sabe nada. *Amazon*, sin embargo, se convirtió en la librería más grande del mundo. (Y el libro es solo una pequeña e insignificante parte de su negocio millonario, pero eso es otro tema).

La innovación primera, y, hasta ahora, la más visible y notable en el sector del libro es la compra del libro en Internet. Sin salir de casa puedo pedir un libro y recibirlo al día siguiente. El servicio que dan las librerías *online* es muy atractivo, siempre que uno sepa qué libro busca. Muchos lectores ya compran todos sus libros *online*, otros aún buscan la inspiración que da el recorrer las mesas de la librería clásica para decidirse por un título u otro. Pocos lectores quedan que solo compran en la librería de siempre. Por supuesto, no solo existe *Amazon*. De hecho, casi todas las librerías ofrecen a sus clientes una tienda *online*, pero suelen ser las empresas grandes las que monopolizan el mercado. *Amazon*, sin duda es la más

exitosa, cada día se adelanta más y así, es difícil competir. *Amazon*, en el desarrollo de su modelo informático y logístico, invierte más en media hora que una librería de barrio en cinco años. El modelo del comercio *online* de libros físicos favorece a las empresas grandes.

Esto se potencia en el caso del libro electrónico. Las grandes empresas venden su dispositivo de lectura, su *e-reader* que está vinculado a su tienda *online*. Aunque sea factible leer en este dispositivo libros de otro proveedor el proceso de la compra y la descarga suele ser más engorroso, por lo cual se acaba comprando en la librería inicialmente conectada. La librería de barrio no tiene mucha posibilidad de participar en este negocio y, la consecuencia de ello ya se puede constatar: pequeñas y medianas librerías cierran y los locales pasan a ser restaurantes de *fast food* o tiendas de zapatos. Esto es triste para los que solemos visitar librerías y es una reducción real de la diversidad cultural, ya que cada librero ofrece al lector y la lectora una selección diferente e individual de autores y temas. Por otro lado, no se puede subestimar la compra *online* y, sobre todo, la compra del libro electrónico, ya que supone una nueva posibilidad para muchos que no tienen ninguna librería a su alcance y

aún quieren leer. La compra de un libro electrónico es incluso más práctico, pues, sin siquiera levantarme del sofá y en pocos minutos, puedo comprar un libro. Hay que tener en cuenta que el mercado hispanohablante es muy grande, pero no es fácil acceder a él en su totalidad. La difusión del libro fuera de las capitales y las grandes ciudades en España, pero sobre todo en Iberoamérica, es más que deficiente. Internet y el libro electrónico allí abren nuevas vías. Si el negocio *online* de libros físicos deja ventajas comerciales a pocas librerías en un país o en un mercado, la venta de libros electrónicos, en gran parte gestionada por solo unas cuantas librerías relevantes en el mundo como son *Amazon*, *Apple* y tres o cuatro más, reduce aún más la diversidad cultural.

La cantidad de libros electrónicos está creciendo constantemente. La gran mayoría de novedades publicadas en España ya salen al mercado tanto en papel como en formato electrónico. Editoriales, como Herder, que disponen de un fondo histórico muy amplio, están en el proceso de digitalizar libros que se publicaron en la época predigital. Hay editores y librerías que critican esta estrategia, ya que ven en el libro electrónico una amenaza para todo el sector. Pero el libro electrónico es una rea-

lidad, nos guste o no. Los autores, con toda razón, anhelan la difusión máxima de su obra. Una editorial hoy en día no puede negarles la vía electrónica, a pesar de los riesgos y las posibles consecuencias para el sector.

Pero la visión ya va más allá. Puede que el libro electrónico, tal como se comercializa ahora, sea ya un modelo del pasado. Tal como lo estamos viendo en el sector de la música (con *Spotify*) o de las películas (con *Netflix*), en el sector del libro se están perfilando también plataformas de lectura. La ventaja para los lectores es obvia. En lugar de comprar los libros en una librería *online* para descargárselos en un dispositivo de lectura, se contrata una vez al mes o al año la suscripción a una de estas plataformas y así, se tiene la posibilidad de acceder, en cualquier momento y desde cualquier aparato, a una biblioteca en Internet. Esto no solo facilita aun más el acceso a la lectura, sino que permite además, interrelacionar los contenidos, ya que se puede saltar de un libro a otro y así diseñar su propio hilo de lectura. Es como si en lugar de comer la tableta de chocolate que nos compramos en la tienda de abajo, estuviésemos en la mejor confitería de París y nos permitieran probar todos los bombones allí expuestos. Dulce metáfora...

Si en el mercado mundial del libro electrónico se reparten el pastel unas cuantas empresas, el modelo de la plataforma podría concentrarse en gran parte en manos de una sola. Nunca hablamos del 100% del mercado, ni aquí, ni en el caso de las librerías *online*. Siempre quedan pequeños nichos para ofertas muy especializadas. Pero a grandes rasgos, se trata de una concentración con carácter monopolístico. Cuanto más poderoso es el grande, tanto menos pueden desarrollar activamente sus estructuras los pequeños. Esto vale para las librerías, pero también para las editoriales. *Netflix* nos lo está demostrando. Cada vez más comercializan sus propias producciones de películas y, sobre todo, series. Una plataforma de lectura con tanto alcance como *Netflix* no se restringirá a comercializar los contenidos editados por editoriales, contratarán directamente con los autores. La autopublicación ya es una sección importante en *Amazon*. De Jeff Bezos, su omnipresente fundador, se dice que su intención es ser el único intermediario entre autor y lector.

Pero todo esto depende de un factor muy decisivo en el juego: los derechos de autor y propiedad intelectual. Editoriales, librerías, tiendas *online* de libros, plataformas de contenidos electróni-

cos así como también los autores, solo pueden vivir de su trabajo si los contenidos están protegidos de la reproducción pirata y sin control alguno. La gran pregunta es, pues, si en el futuro las sociedades representadas por sus gobiernos respetarán el derecho de autor y si lo defenderán. La *vox populi*, o mejor dicho la voz “populista”, ya aboga por la total libertad en Internet. Siempre se han copiado libros ilegalmente, pero en tiempos digitales esto se ha convertido en un factor devastador.

Lamentablemente, España es uno de los países del mundo que menos importancia presta al derecho de autor y que menos disposición muestra a luchar contra la piratería. Se estima que más del 85% de la lectura electrónica en España es ilegal. Los grandes bestsellers, en cuanto salen al mercado ya se encuentran en páginas piratas. Lo mismo pasa con el libro universitario. Sabemos que en las universidades se entregan gratuita e ilegalmente soportes con los *pdf* de los libros de lectura obligatoria a los estudiantes. Se trata de una práctica muy extendida hasta en los seminarios. Uno de los libros más pirateados de Herder es un libro de consulta para la formación teológica. Al séptimo mandamiento, “no robarás”, los teólogos no lo vinculan con la propiedad

intelectual, es curioso. La gente no tiene ni consciencia de la ilegalidad de su comportamiento ni de las consecuencias que esto genera. Solo si el Estado se implicara, comprometiéndose con firmeza, en la lucha por el derecho de autor, ya desde la educación escolar, se podría salir de esta trampa. Pero, al contrario, ya se escucha hablar de una cultura del derecho a la lectura gratuita, aunque esto sea ilegal. Cabe la posibilidad de que en un futuro no muy lejano, se debata sobre la abolición de la propiedad intelectual. Las consecuencias para la lectura serían dramáticas.

Pero hasta aquí, en todos los escenarios hemos partido del supuesto de que la lectura de libros seguirá practicándose como antes. ¿Qué significa esto? El libro, generalmente, se lee empezando en la primera página y terminando en la última. Lo que puede parecer una banalidad ilustra un ejercicio intelectual: seguir el argumento de un autor expuesto en un arco que se tiende entre la primera y la última página. Como el arco de una catedral gótica en el que cada punto lo sostiene. La lectura de un libro, se puede decir, sigue la línea de este arco. Al leer un libro, uno no solo se apropia de todos sus elementos, sino también y en primer lugar, de su camino en-

tero, es decir, de su totalidad. No se puede leer una novela policíaca sin seguir el curso de la acción. Y no se puede leer un tratado filosófico sin tener en cuenta el curso de la argumentación que se fue desarrollando a lo largo del texto. En la lectura uno puede reconstruir el camino intelectual de un autor, o, en la ficción el camino de su imaginación. Supone un camino que no solo consiste en letras, palabras, frases y capítulos, sino en el conjunto de todo esto. Los que crecimos con libros, somos conscientes de este conjunto, adquirimos con el tiempo la capacidad de leerlos desde la primera hasta su última página, aunque estos sean muy extensos y complejos.

Leer en Internet en general, y leer las noticias publicadas constantemente en las redes sociales en particular, nos lleva a otra forma de lectura. Es una lectura de trozos y partes. En lugar de la lectura por pasos, es decir siguiendo un orden sostenido, se extiende cada vez más una lectura por saltos. La sucesión de los saltos puede ser caótica, asociativa o estructurada, pero solo la entiende el que salta. Esto puede ser bueno, puede ser expresión de una gran libertad individual. Uno ya no sigue el camino de otro, no se deja guiar por un autor, sino que sigue su propio

paso y crea su propio camino. De hecho, puede ser muy creativo.

Pero también puede perderse en la selva sin camino. Puede que los saltos se conviertan en un difuso e ingenuo juego infantil de saltitos. En este caso, quizás sea divertido y un buen pasatiempo, pero no será creativo ni enriquecedor intelectualmente. Pero sea provechoso o no, con el tiempo se pierde la capacidad de leer un libro extenso de manera seguida. Así como se perdió la capacidad de memorizar y recitar una saga por tenerla ya escrita y poder recuperarla en cada lectura, así está creciendo una nueva generación de lectores acostumbrados a la lectura de saltos y saltitos –que se mueven de maravilla en Internet–, pero que cada vez serán menos capaces de seguir un argumento expuesto en 300 páginas. Y, de hecho, entre los más jóvenes observamos un índice de lectura cada vez más bajo. Ya veremos cómo autores, editores y libreros nos adaptamos a esta tendencia.

\* \* \* \*

Las reflexiones hasta aquí expuestas podrían llevar al lector a la conclusión de que el libro, las librerías y las editoriales no tienen futuro. No creo que sea así. Tan pesimista no soy. Pues, creo

que el libro es un invento perfecto. Es como la rueda, que tampoco es mejorable, sea del material o el tamaño que sea, el principio de cada rueda es el mismo desde hace 7.000 años: un disco que gira en torno a un eje que nos facilita el transporte de bienes o personas. Al igual el libro. No hay manera mejor de transmitir una narración o un conjunto de argumentos que no sea en un libro, por eso, ha sobrevivido hasta hoy. Ni la radio, ni la televisión, ni las revistas ilustradas han podido acabar con él. Internet tampoco lo abolirá. Pero, tal como veo las tendencias, me temo que cada vez serán menos los que lean libros y en consecuencia serán menos los que los escriban, menos los que editan y menos que los seleccionan y los ofrezcan al público. La gran visión de la Ilustración y la Revolución francesa, la base de la sociedad solidaria y democrática en la que todas y todos supieran leer y tuviesen acceso a los libros, pareciera que se es-

tá disolviendo. Pero, ¿volveremos a ser pocos los que leamos? ¿quedará la lectura como un privilegio de una clase social determinada aunque el libro esté hoy en día al alcance de todos? O tal vez, ¿no será más bien que estamos desarrollando un nuevo concepto de lectura adaptada a estos tiempos digitales y que desde la inmediatez y la contemporaneidad no podemos ser todavía capaces de valorar en su justo alcance? Nos queda un gran desafío por delante.

Mientras tanto, en la editorial seguimos con nuestro trabajo de construir el puente entre autor y lector, convencidos de que es un trabajo útil y con un futuro prometedor. Buscamos constantemente nuevas posibilidades y nuevos modelos de ejercer nuestra profesión atentos a todos los retos que los cambios en el mundo nos presentan. Como editor, además, debo confesar que son los tiempos más fascinantes de mi vida laboral. ■